

Elegía



a

Dylan Thomas

RESPONSABLES:

José Roberto Cea
José María Cuéllar
Alfonso Quijada Urías
José Roberto Monterrosa hijo

la
pájara pinta

59

Publicación de
Editorial Universitaria
Costado Nor-Oriente de la
Facultad de Odontología,
Ciudad Universitaria.

San Salvador,
El Salvador, C. A.

Teléfono Dirección: 25-6604
Ventas, Suscripciones
y Anuncios: 25-6903.

El nueve de noviembre de mil novecientos cincuenta y tres, murió en Nueva York Dylan Thomas. Es probable que haya muerto aplastado por un alto edificio que lo perseguía con tenacidad; o que su corazón haya sido asaeteado por las aristas despiadadas de la geométrica ciudad; o que su hígado haya sido devorado lentamente por las dentelladas de los perros feroces; o, simplemente, que su sangre se haya confundido con la tinta que, letra a letra, se derramó dibujando un vasto y fundamental poema, un último poema. Por cualquiera de estas formas, o por muchas más, puede morir un hombre que sucumbe en el curso de un ataque de delirium tremens.

Dylan Thomas, en el que algunos reconocieron al más grande poeta de habla inglesa en este siglo, murió en el momento en que dejó de pertenecerse.

Hace años, entre los escombros nocturnos que va diluyendo la mañana, cuando la luz remarca con más fuerzas las sombras leíamos, un amigo y yo, "Con distinta piel". Aún nos nimbaba la frente cierta angustia adolescente, y el libro, que refiere precisamente las subjetivas aventuras de un jovenzuelo, nos pareció un desrubrimiento inusitado y maravilloso. Parecíame que un talento de la envergadura del de Dylan Thomas tomaba por nosotros la defensa de nuestras literarias inquietudes; y que su largo y nebuloso viaje por Londres, no se refería sino al viaje introspectivo de su vocación artística, que se desembarazaba de las relaciones de dependencia para emprender un largo camino, libre y solitario.

Ahora que he releído aquel libro, entiendo mejor el recorrido del adolescente ebrio, y entiendo mejor el por qué de la muerte de Dylan Thomas; cuando Samuel Bennet, el protagonista de "Con distinta piel" rompe los símbolos familiares: las instantáneas fotográficas de mamá, la porcelana tradicional y hereda, el viejo paraguas, cree que se está liberando de las amarras de un sueño no perteneciente, las lágrimas que le saben a sal, como sus poemas, sabrán distinto cuando se encuentre en Londres, libre e independiente. Pero no es así. Ni la ciudad, ni la ebriedad lo liberan; paradójicamente uno de sus dedos ha quedado prisionero de una botella y las lágrimas le siguen sabiendo a sal. Es cierto, usa una distinta piel pero el sólo hecho de usarla, de necesitarla, le impide alcanzar la total liberación. Si la narración continuase sabríamos que, fatalmente, el protagonista trataría de liberarse sucumbiendo siempre.

Dylan Thomas conocía esa esclavitud a la piel, pero su hondura humana, su poética rebeldía le impidieron el conformismo. De hecho nunca se liberó —o cuando menos no fue conciente de su liberación— sino hasta el momento en que por una vo-

Sergio Veraza

luntaria disposición de su ánimo dejó de pertenecerse, entregando su inteligencia a las delirantes acometidas de un ángel monstruoso y alcohólico. Si aceptamos que esa entrega fue voluntaria, estaremos frente a un caso de suicidio, un patético suicidio, que no se consuma de una sola vez, sino poco a poco, como en una recreación gustosa; algo en el barro íntimo del poeta propendía a la pesadilla —la liberación a veces busca los caminos más oscuros y espantables—. Desde su adolescencia viajera hasta su patológica madurez, se topará en obstáculos que él mismo ha creado, casi con afán masoquista.

Aparentemente, parece que el poeta soslayaba la lucha, que sus aventuras subjetivas eran meras fugas, cobardía para afrontar la vida, y no lo que fueron en realidad, eterno combate, permanente búsqueda del pleno conocimiento; conocimiento que Dy-

lan Thomas consiguió sin liberarse nunca de la atractiva seducción del abismo.

Desde un punto de vista subjetivo la muerte de Dylan Thomas no coincide con la idea que tenemos del suicidio. La muerte de otro gran poeta César Vallejo, también está muy alejada de esa idea, pero es innegable que la búsqueda poética de ambos no podía terminar sino a la orilla de la fosa —término donde lo terrestre y lo acuático, lo luminoso y lo oscuro, se confunden. Aunque todo finalizó ahí, ellos no buscaron el aniquilamiento, sino la liberación. No es desconocido el metafísico amor de Vallejo por España, la frase que pronuncia al morir en la que imagina otro viaje, posiblemente certifique nuestras conclusiones: "España, voy a ti", dice con enternecida seguridad. Dylan Thomas quizá en el último momento de su vital y embriagado viaje encontró la liberación, ausente en el que de joven le llevó a Londres a buscar una piel distinta.

DOCE cartas y

Tal vez hubo realmente un poco de amor en todo ello, pero aún no estoy seguro. Uno nunca acaba de conocer a las mujeres y cualquier hombre está expuesto a estas cosas, pues por ser hombre puede andar por todas partes, metiéndose como animal en cada recoveco y cualquier lo matan o tropieza con un buen negocio o logra una mujer desconocida, todo por casualidad. ¿Habrá sido simplemente, cosa de la acción del Genio del Amor, que, ya se sabe, puede surgir en duradas pasiones enormes o en pequeñas aficiones repentinas? ¿Quién sabe!

Ella no me dijo su nombre o lo he olvidado. Creo que tampoco le dí el mío. Debía llamarse Adelita o Virginia, pues su persona y su cuerpo, me parece, requerían una especial nominación; también su perfume, el de su piel, como de florecitas nuevas de monte, me antijó esos nombres. Es que he descubierto que ciertas mujeres no debieran llamarse María del Carmen o Emelina; otras están bien como Socorros o Chabelas. Conozco una Rosita que fuera mejor Catarina, y qué bien estaría que aparecieran, cuando uno quisiera, mujeres Topoxtes, mujeres Xilinjóches... En fin, tal vez estas ideas no sean muy importantes.

El caso es que últimamente he estado pensando mucho en ella y a veces hasta quisiera volver. Pero me da penita. Al fin y al cabo es casada y quizá ni me recuerde. El amor de las mujeres es así. También, en el fondo, no estoy conforme. No me he envanecido con nada. Realmente, yo no hice nada, absolutamente nada espontáneamente, y no me gusta el amor comprado (ella no pidió dinero) ni el amor demasiado fácil. Allí me estuve sentado, leyéndole las cartas o, más bien, escuchándola a ella. Pero lo peor es que todos estos días he estado deseando verla, ahorita también, aunque fuera de lejos. ¿Me habrá recordado alguna vez? ¿Estará allí todavía, con sus

nostalgias, o habrá vuelto a su casa de Bluefields? Total, que aún hoy no me explico claramente cómo sería todo aquello.

Resulta que aquella tarde, como a las 5, andaba yo solito, paseando por el barrio de Buenos Aires. Siempre me ha gustado, desde muchacho, pasear solo por las barriadas. Al menos no tiene uno que ir diciendo a cada paso. Además, hay ciertos otros encantos en ello, que no es necesario consignar aquí.

El caso es, pues, que iba casi a media calle, caminando entre una bulla de carretoneros, ladridos y chavalos beisboleros, cuando de pronto comenzó una fuerte lluvia. Pude haber cogido un taxi, pero no tenía nada que hacer y preferí quedarme un rato contra una pared, recostado, viendo formarse las avenidas. De una puerta cercana salió una mujer joven y me invito:

—Pase adelante, no se moje!

Era una muchacha alta y finita, cobriza la piel; parecía yanka y creo que tenía azules los ojitos o medio verdes, quizá; ya estaba un poco oscura la tarde.

Me senté y principiamos a hablar del tiempo; que mucho molesta el agua, que uno no puede salir, etc. Estuvimos hablando un rato sobre lo mismo.

—Así es en Bluefields —me dijo— mucho llueve allá. Porque yo vivo en Bluefields, sabe? Allá tengo mi casa. Yo soy la esposa del Teniente Polanco. Pero es que la mamá de él no me quiere mucho y siempre nos estábamos peleando. Así es que resolvimos que me viniera para Managua, aquí donde mi prima, esta casa es de mi prima. Y aquí estoy para mientras. Pero ya no hallo las horas de que lo trasladen a

otra parte o que se venga acá, para juntarnos otra vez. Pero viera que siempre nos escribimos; vea, aquí tengo todas sus cartas.

Se levantó la muchacha y de una repisita tomó un rollo de papeles y me los entregó. Lo examiné y ví que era una docena de cartas escritas a máquina con tinta morada, con muchos errores mecanográficos, en prosa familiar y cursi y en papel membretado del Comando.
—Quiere leérmelas? —me rogó.

Me acerqué a una mesita, debajo de una lámpara contra la pared y apoyando el brazo comencé a leer en voz alta:

“Bluefields, 16 de Febrero. Querido Amorcito: Deseo que al recibo de la presente te encuentres bien de salud en unión de tu apreciable primita; yo estoy bien. Amorcito: Por qué te fuistes y me dejastes, ah? Mejor hubieras esperado que se compusieran las cosas, etc. etc.

Enseguida leí otra:

“Querido Amorcito: Recibí tu apreciable cartita del 23 del corriente, pero no has contestado la mía del 15 del corriente; sólo me decís que

recibiste el cheque de 100 pesos que te mandé. Echo de menos tus besitos, aquí te mando un montón de besitos, etc. etc.

La muchacha se había sentado frente a mí. Contra el tabique estaban 3 sillas y en la de un extremo estaba ella. Mientras leía, la miraba de reojo y parecía feliz, con los ojos clavados en mí, absorta por la lectura, como si era primera vez en la vida que se enteraba de sus cartas.

Ya me fregó esta tipa —pensaba yo, después de leer otra misiva más— me tiene aquí de chocho leyéndole esta correspondencia idiota que qué me importa!

“Querido Amorcito: Después de saludarte, paso a decirte lo siguiente: mi mamá me ha preguntado por vos, tal vez ya te quiere. Por qué no te decidís a venirte? Tu corazoncito, que soy yo, te espera, etc. etc.

Mientras tanto afuera la lluvia había arreciado más y ya no tenía yo el pretexto de la escampada para largarme. Ella se ponía más nerviosa, resolvíase en su asiento, fascinada por mi lectura. Yo, aburrido, comenzaba a odiarla y también a mi suerte.

“Querido Amorcito: No te había podido contestar, pero vos también escribeme más. Vos sabés que te quiero mucho y es justo que me hablés algo. No ves que estás solita? Pues yo también. Etc. etc.

De repente ella se levantó, se sentó en la silla de enmedio y me llamó.

—Mejor siéntese aquí, aquí me lee mejor, siga, siga!

Aunque en aquel sitio la luz me quedaba un poco lejana, yo pensé: Tal vez es para escucharme más claramente. Me senté junto a ella.

“Bluefields, 19 de Mayo. Querido Amorcito: Hemos estado de fiesta, pero no estoy bien, por qué no has venido? Recibiste el radio que te puse? Qué tal has estado? Acordate de tomarte las pastillas y escribirme siempre aunque yo no te escriba, en un tiempito te contesto, etc. etc.

Al terminar otra carta, la muchacha se levantó de nuevo y se pasó a la silla del extremo, quedando una de las 3 sillas en medio de nosotros. Tocando con su mano el mueble, me dijo:

—Siéntese aquí, quiere? Aquí está mejor para leerme. . .

Hombre —pensé yo—. Ahora si me fregué, esta mujer está loca, chocho! . . .

—Léame esta otra carta, sí?

Me pasé a la silla de enmedio. Con el rostro ceñudo, mostrando un franco desgano y con un tono de voz como si leyera una escritura pública, comencé de nuevo, por la novena carta:

“Bluefields, 2 de Junio. Querido Amorcito: No me gusta estar sin saber nada de vos, aquí es bastante aburrido todo y sin vos, peor. Mandame un retratito, aunque sea, etc. etc.

Ella me animaba con el gesto. También esa carta y comencé por un suspiro amargo la siguiente, pero cuando iba por la mitad, la muchacha se levantó y fue a la habitación contigua. Interrumpí la lectura para mientras volvía, pero al ratito me llamó:

—Venga, venga aquí, señor! . . .

Fuí con el rollo de cartas y la encontré reclinada en un diván. Tocándolo suavemente y sonriendo muy cordial —siéntese aquí, es mejor aquí— me habló muy quedito.

—Me quiere leer esa otra carta, por favor, ah?

Me senté a su lado y resignadamente comencé por duodécima vez:

“Bluefields, 17 de Junio. Querido Amorcito: Te acordás qué lindos aquellos momentos, cuando éramos enamorados y íbamos al “Salazar” . . .

De pronto interrumpí la lectura y con sobresalto, sin alzar los ojos del papel, me dí cuenta de todo en un instante.

Me volví hacia ella y quedamos acechándonos como enemigos que se encuentran de pronto. Mirábame con los ojos muy abiertos.

Y qué iba a hacer yo?

Juan Aburto

UN

amorcito



algo sobre Ionesco

La idea de ser un autor para élites irrita a Eugene Ionesco, dramaturgo rumano. Arguye que utiliza un lenguaje simple, primitivo, de diálogo sencillo: "No son silogismos, sino imágenes visuales. Si creen que no es popular, es porque tienen la mente esclerótica". Enumera los países donde se ha representado su obra. La lista evidentemente es larga. Subraya que "La lección" y "La cantante calva" se ha representado durante 14 años consecutivos en un pequeño teatro parisien- se; que en Yugoslavia su teatro se dio para obreros. La idea de que sea una élite internacional la que acude a sus obras, evidentemente no le interesa. Es uno de tantos temas en que descartó la posibilidad de un segundo punto de vista.

Igualmente tajante es frente al concepto del compromiso en el arte:

—Discrepo con el teatro comprometido, porque es mera reproducción de una ideología y no replantea el mundo. Tengo un juicio más bien negativo sobre los escritores e intelectuales que hacen de maestros de escuela de esa ideología. No me pronuncio si esa está bien o está mal.

Su propio y antagónico punto de vista lo fijó Ionesco, tanto ahora como en sus escritos:

*Toda literatura expresa angustia. Si todo fuera simple en la vida no habría arte. El escritor no es profeta, no es

omnisciente, sino como todos: plantea interrogantes. No puede dar soluciones, no soy Dios ni superhombre. Digo: creo, pienso, me parece.

*Lo que personalmente me obsesiona, me interesa profundamente y constituye mi compromiso es el problema de la condición humana en su conjunto, en sus aspectos sociales y no sociales. Es en el aspecto no social que el ser humano está totalmente solo. Enfrentado con la muerte, por ejemplo. Entonces la sociedad ya no cuenta.

*Para descubrir los problemas comunes a toda la humanidad, debo preguntarme cuál es mi problema fundamental, cuáles son mis temores más inerradicables. Entonces tengo la seguridad de encontrar los problemas y temores de prácticamente todos. Este es el verdadero camino, hacia mi propia oscuridad, nuestra oscuridad, desde la cual trato de traer la luz del día.

*El compromiso, tal como se entiende hoy en día, es una catástrofe. Cualquier punto de vista uniforme, unilateral o partidista es una expresión de mala fe... Los escritores desde siempre quisieron hacer propaganda. Los grandes escritores son quienes fracasaron en el intento.

*Mucho se habla de desmitificación. Desgraciadamente, los desmitificadores reemplazaron un juego de tabúes por

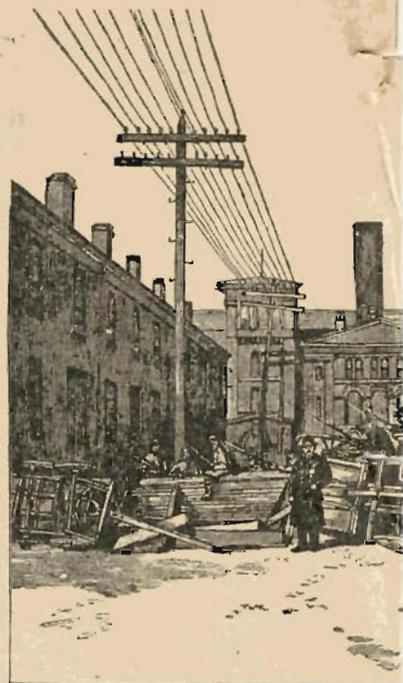
tabúes antitabúes, que restringen mucho más que los anteriores... Si hay algo que necesita ser desmitificado, son nuestras ideologías que ofrecen soluciones al instante (que la historia rápidamente refuta y sobrepasa) y un lenguaje que se congela apenas se le formula.

Esto último es en parte el problema del propio Ionesco: que su lenguaje, inicialmente una reacción fresca y vital en el teatro, se congelara. Sus planteamientos corresponden a un punto de vista dentro de la eterna polémica del artempurismo y un arte comprometido con la sociedad.

El dramaturgo tergiversa al identificar a éste último con la propaganda y se da el curioso fenómeno de que al atacar lo que considera lugares comunes de la izquierda cae en lo que —aunque expresado con brillantez son lugares comunes de la derecha.—

Nadie le puede quitar lo bailado a Ionesco, ni dejar de reconocerle el aporte al teatro de sus primeras obras. La gran falla de sus razonamientos está en creer que su obsesión con la muerte es un fenómeno universal. Al recluir sus obras en un círculo cada vez más estrecho, dejó de renovarse él mismo y a ser un poco un muerto en vida.

(J. E.)



te

Era un pueblo pacífico. Contaba con su alcalde, su cura, su botica y su banda municipal. Había una que otra cantina para solaz de los hombres y alguna que otra reunión familiar para solaz de las mujeres y de los niños. Pero un día comenzó a llover, y no como otras veces en que los chiquillos podían correr entre los arroyitos, con los pantalones arremangados y las comadronas podían quedarse un rato más en la casa vecina mientras pasaba el chubasco. Esta vez fue un collar de chubascos que se prolongó por mucho tiempo. Al principio se jugó ajedrez, y se comieron tortitas especiales con café negro, o se tocó la guitarra en larguísima veladas o se revivieron las heroicas posturas de algún antepasado; pero cuando se agotó ese pasatiempo, los ojos empezaron a ver correr el agua y surgieron los comentarios esperanzados en torno al temporal. Pero llovió interminablemente durante tres, cuatro, cinco, seis y más meses y

jo

De esa manera creó hongos por todas su vísceras que se fueron extendiendo por todo el cuerpo como raíces hasta topar un día en el cerebro, comenzó a soñar y a tener alucinaciones mucho tiempo después, probablemente el último día que vi su rostro pegado en los ojos de la niña Flora, hoy me lo imagino como de costumbre viendo el día metido en los agujeros de la puerta, saliendo por entre la escasa vegetación sin esperanza de que vuelva a mirar el sol mientras dure el invierno en ese estado de humedad eterna, luego se meterá de nuevo al cuarto y en un rincón mandado a ser para él y sus pensamientos meditará hasta sentir como los hongos florecen infinitamente en su estómago, hasta hacerse imposible usar ropas pegadas y quedarse mejor desnudo y esperar que él sea una vegetación extraña y desaparezca poco a poco lo que fue él o significó en el pueblo su nombre, su historia, su familia, su vocación de artista, porque además de hacer él con ayuda de su mujer niños bonitos, hacía figuras de lo imaginable, cosas que regalaba a sus antiguos amigos, con una verdadera humildad que llegaba a creerse que el mundo era de la manera en que él veía las cosas, infinitamente significantes.

Su mujer compró papas para que mejor siguiera floreciendo en el suelo hasta mezclarse en la pared, en los sillones de hacer la siesta, en los clavos donde la herrumbre del tiempo habla por un pequeño trapo que estuvo colgado hace mil años; floreciendo, por que un día los hongos no se conformarían con el cerebro, saldrían de allí y de eso se daba cuenta perfectamente su mujer, de su cabeza reventarían los hongos, primero sus raíces estallarían verticalmente y toparía en el suelo como las enredaderas de la niña Flora, hasta llegar al techo donde se mezclarían unas con otras hasta convertirse en un extraño mundo de vegetación, todo el espacio, su espacio sin nombre, sin olor, sin nada, un extraño mundo creciendo (si) a todo lado, con peligro de abarcar otros espacios disponibles.

Desde mucho antes, él sabía que aquel cuarto era para él, o que aquel cuarto donde él y su egoísmo encontrarían el origen de su naturaleza monstruosa; por eso la primera vez que entró le pareció que él nunca había entrado ni mucho menos salido.

La ocurrencia fue de su mujer, ponerle cortinas verdes y pintar de marrón sus paredes, quitar las camas y poner una alfombra de papas, adornarlo con flores de papel y otros adornos vegetales, y procurar ante todo un espacio con suficiente entradas de aire y de luz. Eso sería más o menos un pequeño estudio, o taller donde trabajaría sus artesanías.

Cuando el día llegó, se fregó sus ojos varias veces y vio con mayor claridad cuando la niña Flora lavaba los pañales del niño y el olor del pupú se pegó en su nariz, pensó que sólo Dios podía oler de aquella manera, se dirigió como todas las mañanas al espejo y se dio cuenta de su piel, más vieja y verde que de costumbre, se revolvió el pelo y retornó al cuarto, no sin antes besar a su mujer. Una vez cerradas las puertas de su cuarto, brotó la primera raíz

de su cuerpo, luego otra y otra hasta perder la razón de su naturaleza misma. Esa mañana hubo de durar un siglo, pues de su cuerpo salió toda aquella vegetación infinita.

Sin embargo él pensaba y sus órganos estaban mejor que nunca, los dolores que toda la vida había padecido se habían tornado en sensaciones extrañas, totalmente fuera de su espacio, de él mismo que siempre había estado encerrado en habitaciones distintas antes de llegar a su cuarto de siempre, propicio y agradable, lo que no podía hacer (y esto lo mortificaba un poco) era pensar en sus amigos, en el General que un día antes estaba más viejo que de costumbre, contando como siempre sus historias tristesimas o en el otro señor de la relojería contando la pobre eternidad de sus años.

Hoy había dejado de estar por dentro, su cabeza se había salido de él mismo en una de sus tantas raíces, que tocaban el techo al que sentía inseguro y hediondo a caca de ratón, creyó conveniente, si un día retornaba a su antiguo estado, cambiarle la madera después de invierno, pero sólo fue una idea tan pasajera que instantáneamente perdió su sensación inmediata, yendo a parar a otros pensamientos que pasaban con una rapidez asombrosa, tal como acontecía con su crecimiento, su multiplicación en miles de raíces saliendo por todos lados, aun por los agujeros por donde hacía un rato se metía el día como un mal presagio; siendo imposible pensar decidió sentir su desplazamiento, su casi nuevo nacer o su

rápida transformación en ser fibroso.

Por la tarde doña Flora, con el café de las tres de la tarde, abrió la puerta y al instante sus ojos se abrieron, como dos espejos redondos, reflejando la asombrosa vegetación que brotaba como plaga de aquel cuarto, convertido ahora en invernadero; después de un leve desmayo vio a su nieto en una de aquellas raíces en que se metamorfoseaba cada vez más, mejor dicho lo sintió, no sin antes agitarse cogió tristemente una raíz y pensó que todo aquello había comenzado con los malditos hongos que dejó crecer en su estómago, pero se resignó después de recordar que nada pudo hacer la medicina moderna con aquella enfermedad milenaria. Más nerviosa que triste gritó por la ventana. Acudieron la mujer de él y el perro de la casa, su mujer creyó al principio que se trata de una de sus bromas de siempre, con lo ingenioso que era, iba a echarse a reír cuando vio precisamente en una de las raíces más gruesas un pedazo de ojo oscuro de su marido y por otro lado un labio con bigote colgado en la piel lisa y verdeoscura de aquella vegetación extraña; aún cuando fuera la de su pobre marido, pensó que aquello tarde o temprano sucedería, por lo que estuvo tranquila, sin ningún cargo de conciencia. Había presentado desde tiempos atrás (precisamente antes del niño) que en su marido estaba pasando algo malo, aquella enfermedad misteriosa, su demasiado gusto por las flores (al grado de comerlas), su mirada verdeoscura, en fin todo él encerrado casi siempre, haciendo cosas imaginables. Denotaban algo extraño.

El primero en llegar fue el cura, insistido por el lloro de las mujeres y el aullido del perro o el lamento de los vecinos que se quejaban cada tres minutos del destroz de aquellas raíces creciendo sobre el tejado, metiéndose en las paredes hasta dar con el cuarto de los niños, entró con el agua bendita y roció la raíz para sacar los malos espíritus, pero la raíz fue creciendo como de costumbre, por todos lados, enroscada y verdeoscura, después, al cabo de tres minutos, entró el juez, el alcalde, el representante del departamento agrícola, otro perro, la autoridad y el secretario del juez. Interrogaron a la viuda de don Fulano de Tal o la señora de la raíz y ella se refirió como siempre a los hongos de su marido, a su enfermedad incurable; lloró la niña Flora, habló de ciertas alucinaciones acompañadas de gritos terribles, de sus únicos amigos, (de él) el General (que no era general sino despensero) y el padre Juan, su tío —dueño de la relojería, de su reciente afición a las flores, en fin de todo lo que don Fulano de tal fue capaz de hacer cuando se metía a su cuarto, acariciándose los cuatro pelos de la barba.

El juez comentó que lo más recomendable era destruir la raíz (volvió a llorar doña Flora) para lo que la autoridad podía considerar lo más recomendable en armas mortales; pero el cura rebatió al juez acusándolo de cometer un crimen más en nombre de la justicia, pidió mejor que fuera trasladada a otro sitio más amplio donde don Raíz pudiera crecer hasta donde quisiera, que incluso él podría dar el sitio de la iglesia o llamaría a los feligreses más

LOS HONGOS



Cogió el caracol y oyó casi toda la tarde el ruido del mar, lejano. Al apartarlo de la oreja, salió la rata enorme y blanca, metiéndose cada vez más, hasta dejar a la vista su cola solemne y tranquila.

Después su cara se volvió gris, el pelo parecía un pucho de tierra seca. Idiotizado por completo. Dejó de ser y se convirtió en él, así como es, como está siempre, cuando Denise, recostada sobre las flores de la pared, enciende el fuego y es muy tarde porque el sol es rojo sobre los volcanes.

¿Por qué no lo escribe? le preguntó a Celia. Y Celia sonríe, melancólica, viendo cuando Denise limpia el culito del niño, sin decir nada, guarda las cosas de Ponce, una tinta y tres naranjas podridas y se tira en la silla. Dejo de pensar y miro la cara de Manrique clavada en la adivinanza de anoche, las habitaciones invadidas por las hojas, el misterio de la muchachita que pasó el agua, tocando las naranjas, acurrucada, sintiendo que todo se deshivana en esta casa, como un hilo arrastrado por las patas del gato.

Sucede que llegué ayer, después de tres años de andar fuera, cantando folklor en una ciudad bajo los puentes, las casas viejas, una ciudad bajo todo; tocando el frío de amaneceres lívidos, tristes como un disco que se deja de oír. Y estoy de pie, pensando esas cosas, aquí donde compartimos todo, indiferentes, mordisqueando la misma charla, interrumpida por un silencio interminable, leyendo las cosas de A. cosas viejas por supuesto, cuentos sin terminar, escritos frustrados por su miedo o su valentía.

Aquella vez hundió su mano en el florero, que volvió a colocar donde estaba y prefirió hablar un poco sobre el viaje, los planes de hacer un poco de plata y dedicarse a una vida sin preocupaciones, con suficiente tiempo y espacio para leer hasta seis veces el mis-

conscientes para que fuera llevada a una galera, donde su mujer pudiera verlo (a) cuando quisiera, a lo que doña Flora contestó airada que de su nieto se ocuparía ella y no permitiría jamás tal abuso en nombre de la justicia divina, a lo que los cuatro o cinco hombres distraídamente salieron dando las buenas noches.

Por la mañana doña Flora recortaba las fibras más crecidas, la regaba todas las mañanas con leche de cabra, pasaba horas y horas entretenida, mientras el niño como siempre ensuciaba pañales y mas pañales, y la otra mujer hablaba de otro tiempo y de las bellas casas del pueblo y de los niños que entraban a ver la raíz por sólo cinco centavos, (todos los niños del pueblo, malos y pícaros, entraban de tarde en tarde, los

mo libro y oír el gruding desde el amanecer o simplemente tocando sin regodeos las cosas que siempre aparecen en los ojos, me daba cuenta que eran palabras, discurso. Nada más. Es como una de sus cartas en que se da el lujo de olvidar las palabras, trozos incoherentes que trataba de entender, siempre que L. metía sus manos en el piano Blúes para el hombre más gordo de la Villa. Trozos que delettraba comiendo

Textos de
Alfonso Quijada Urías

Los Invisibles



peores arrancaban puntas de raíces lechosas y multicolores y las metían en sus bolsones, las que una vez en la calle sacaban como el más grande acontecimiento del siglo) de la gran cosa que fue su marido aquella tarde que le propuso matrimonio, mientras la música de Lohengrin se metía en la pobre iluminación de la casa, en los ruidos y la tristeza de los árboles, en ellos dos, jóvenes y amantes de las buenas cosas, ignorantes pero llenos de historias fabulosas contadas de generación en generación, desde el pariente que fue expedicionario de una flota del ochocientos hasta el otro cura glotón y fornicador; en fin su marido había sido el mar de cuidados, pero demasiado dado a los encierros y la invención.

Doña Flora se quedaba dormida y soñaba en el sueño de su raíz humana.

El niño se hacía pupú.

La mujer pensaba en cosas pasadas.

jamón en la casa de Choto o tirado sobre el pecho de la gringa, boba por mis canciones y los dientes de Parra. Nada me apartaba de sus pensamientos frustrados, de ese recuerdo a la caaca de los caballos, los dientes podridos de mi mamá Pudor, el poyo agrietado y comido por el fuego.

Una noche después del Cine me toqué con Nivska y el fotógrafo. Por un azar. Traían noticias suyas y de otras gentes. De Andrea, que hoy está en el manicomio, (sus papás llaman "la clínica") y el Gorodo tan lleno de suerte, del Seco más lejano de todos, más distante, perdido para siempre en su estado de invisibilidad, (sin palabras), del Seco por último, para hablar más detalladamente. Una vez en mi cuarto Vinuska y el Fotógrafo leyeron a V. y se rieron hasta el amanecer de dios sabe qué.

Del seco no dijeron nada. Una de las tantas versiones sobre la quema de libros, la negación a decir una palabra, como a tocar una simple nota de su concierto interior, frustrado por las enfermedades. Después de la inundación los mosquitos y el calor. Aunque el Seco argumenta, su encuentro con un lenguaje sin palabras afuera, (así es como lo entiendo y lo entiende Denise), es decir una comunicación sin usar la lengua. Lo de lenguaje es un símbolo. Pero las palabras están gastadas-como moneda-vieja, y el seco aconsejaba con los ojos seguir la onda. Esa. Le dejó la guitarra a Vinuska, más el cuarto con una sola ventana que da a un edificio donde no llega el sol y el cielo no existe. Le arrojé la toalla al fotógrafo y salí volando, hasta llegar al patio de Denise, las flores de Celia, y el cuarto del Seco, donde comienza el cielo boca arriba.

Dos semanas después nos decimos (sin hablar) muchas cosas, mientras tragamos puro tras puro hasta quedar dormidos-despiertos, en el momento en que del caracol salta la rata blanca del sueño. Hasta quedar la cola.

Todos los días la historia era la misma hasta un día que le nació una flor a don Raíz, una flor roja donde se veía el mundo del submundo, pero sólo doña Flora pudo saber de los misterios de don Raíz, de su pensamiento que había salido a flote en una flor, pudo decirlo al pueblo, pero temió que la juzgaran por loca, de esa manera estuvo días enteros contemplando la flor, no le dijo a la mujer porque siempre estaba enferma de sueño; otro día el niño arrancó la flor y se la comió mientras doña flora leía una revista de modas. Doña Flora palideció de susto al ver al niño mascando la flor con hermoso deleite. Otro día doña Flora se durmió para siempre.

La mujer se gravó de muerte.

El pueblo entero hizo pedazos la raíz. Prendieron fuego a la casa, no quedó piedra sobre piedra.

El niño dejó de hacer pupú.

